



**Asamblea General  
Consejo de Seguridad**

Distr.  
GENERAL

A/37/704  
S/15512  
8 diciembre 1982  
ESPAÑOL  
ORIGINAL: INGLÉS

ASAMBLEA GENERAL  
Trigésimo séptimo período de sesiones  
Tema 61 del programa  
INFORME DEL COMITE ESPECIAL ENCARGADO DE  
INVESTIGAR LAS PRACTICAS ISRAELIES QUE  
AFECTEN A LOS DERECHOS HUMANOS DE LA  
DOBLACION DE LOS TERRITORIOS OCUPADOS

CONSEJO DE SEGURIDAD  
Trigésimo séptimo año

Carta de fecha 7 de diciembre de 1982 dirigida al Presidente de  
la Asamblea General por el Representante Permanente de Jordania  
ante las Naciones Unidas

Tengo el honor de adjuntar el texto de las declaraciones que el Dr. Chris Giannou, del Canadá, hizo cuando prestó testimonio ante la Comisión internacional de investigación de los crímenes israelíes cometidos contra los pueblos libaneses y palestino, que se reunió en Nicosia el 15 y el 16 de agosto de 1982.

El testimonio del Dr. Giannou constituye el relato de un testigo presencial de los crímenes horribles que el ejército israelí cometió contra la población civil del Líbano meridional y los campamentos de refugiados palestinos.

Es por cierto increíble que se hayan cometido tales atrocidades contra civiles inocentes y contra objetivos civiles, incluidos hospitales, escuelas y otras instalaciones.

Quiero destacar que el testimonio del Dr. Giannou abarca sólo una pequeña proporción de los actos perpetrados por los israelíes contra civiles en el Líbano meridional dentro de una zona reducida próxima a uno de los hospitales de Sidón, donde el Dr. Giannou desempeñaba tareas humanitarias.

El Dr. Giannou fue testigo presencial de estos crímenes indescriptibles y no se necesita mucha imaginación para comprender lo que ha sucedido en otras regiones del Líbano meridional.

A/37/704

S/15512

Español

Página 2

Observadores internacionales neutrales que desempeñaban tareas exclusivamente humanitarias también prestaron testimonio con relatos igualmente espantosos que tendré ocasión de enviarle a su debido momento.

Pido que el testimonio adjunto del Dr. Giannou se distribuya como documento oficial de la Asamblea General, en relación con el tema 61 del programa, y del Consejo de Seguridad.

(firmado) Hazem NUSEIBEH  
Embajador  
Representante Permanente

/...

ANEXO

Comisión internacional de investigación de los crímenes  
israelíes cometidos contra los pueblos libanés y palestino  
(Nicosia, 15 y 16 de agosto de 1982)

Testimonio del Dr. Chris Giannou (Canadá)

Mi nombre es C. Giannou y soy médico. Durante los últimos dos años he trabajado como cirujano para la Sociedad Palestina de la Media Luna Roja. Fui director médico del hospital de Nabatieh y últimamente trabajé en Sidón, Líbano, durante las hostilidades que tuvieron lugar allí. No soy portavoz ni representante del Gobierno libanés ni de la Organización de Liberación de Palestina.

Las autoridades israelíes me mantuvieron detenido del 13 al 15 de junio en Sidón, Líbano, y luego, hasta el 20 de junio, en la prisión de Megiddo (Armagedón), en el norte de Israel. Las autoridades israelíes, hasta el 18 de junio, negaron que mis dos colegas noruegos\* y yo estuviésemos detenidos, a pesar de las reclamaciones hechas por los Ministerios de Relaciones Exteriores del Canadá y de Noruega. El 20 de junio fui puesto en libertad en forma "incondicional". No se me puso en libertad bajo custodia de la embajada canadiense ni fui expulsado del país y nunca se presentaron acusaciones en mi contra. Fuimos puestos en libertad y hoy podemos presentarnos ante esta Comisión porque tenemos pasaportes canadienses y noruegos. Mis colegas de otras nacionalidades están aún detenidos. Hay cirujanos, médicos clínicos, enfermeros, técnicos paramédicos y conductores de ambulancias que no hicieron ni más ni menos que lo que hicimos nosotros y que todavía están detenidos por que no tienen un pasaporte como los nuestros.

En cierta forma pienso que soy un personaje del Dante. He visto el infierno y he regresado. Otros muchos no tuvieron tanta suerte.

He sido testigo de sufrimientos y de muertes en una escala tan grande que, cuando pienso en todo ello desde un lugar tranquilo como éste, mis recuerdos parecen casi irreales.

He sido testigo de la devastación total y absoluta de zonas residenciales y de la destrucción ciega, salvaje e indiscriminada de campamentos de refugiados mediante ataques y bombardeos de saturación hechos simultáneamente con aviones, barcos, tanques y piezas de artillería. La escena en el campamento de refugiados de Ain Al Helweh, de varios kilómetros cuadrados de superficie y cuya población era, inmediatamente antes de las hostilidades, de entre 60.000 y 80.000 personas, era apocalíptica. No quedó intacto ni un solo edificio. Había lugares en los que era imposible saber dónde habían estado las calles y dónde los edificios. Todo lo que quedaba era grandes cráteres ennegrecidos llenos de destrozos y desechos,

---

(\*) El Dr. Steinar Berge, médico y el Sr. Oyvind Moeller, especialista en psicología infantil.

pedazos de hormigón rotos, hierros retorcidos y cadáveres. Se había modificado hasta la topografía de ciertos lugares. Parecía que la misma naturaleza había sido destruida. Cuando una zona de varios kilómetros cuadrados y con una densidad de entre 15.000 y 20.000 habitantes por kilómetro cuadrado ha sido arrasada, nadie puede decir con razón que no se han causado daños a la población civil.

He sido testigo del bombardeo de hospitales; el hospital del Gobierno de Ain Al Helweh, situado enfrente del campamento principal de refugiados donde yo trabajaba, fue alcanzado por disparos en cinco o seis oportunidades distintas entre el 7 y el 10 de junio. El primer proyectil hizo impacto en la cañería de agua del primer piso y durante los días siguientes nos vimos obligados a usar líquidos de administración intravenosa como bebida. Un proyectil hizo impacto en la zona de atención de casos urgentes el 9 de junio y ocasionó la muerte de 40 ó 50 personas que se habían refugiado allí.

He sido testigo de cómo se permitió que mujeres y niños atravesasen las líneas israelíes para regresar al campamento de refugiados el 11 de junio y de cómo se reanudó el bombardeo contra el campamento dos horas más tarde. He sido testigo de la confusión que reinó entre la población civil, en el campamento y sus alrededores. Aviones israelíes habían arrojado volantes para indicar a los habitantes que atravesasen las líneas israelíes a fin de alejarse de la zona de hostilidades. Muy pocos de los volantes cayeron en el campamento mismo. Las autoridades israelíes declararon más tarde que también habían utilizado altavoces, pero quienes estábamos en el hospital nunca los oímos. Nunca se indicó claramente adonde tenía que ir la gente; no se dijo, por ejemplo, si debían dirigirse a un grupo de colinas u otro, si debían alejarse hasta la costa del mar o si debían reagruparse en el hospital del Gobierno. En una oportunidad, el 9 de junio, en el hospital se refugiaron entre 3.000 y 4.000 civiles: familias enteras, ancianos y personas que habían quedado separadas de sus familiares. El bombardeo del hospital continuó mientras toda esa gente estaba allí.

He sido testigo del empleo de bombas en racimo, que se empezaron a utilizar ya el 5 de junio en la ciudad de Nabatiah y luego en el campamento de Ain Al Helweh. He visto los restos de acero en forma de pirámide con trozos de aluminio sostenidos mediante resortes en cada esquina y la concavidad excavada en el cuerpo de acero donde se colocan los explosivos. El ruido producido por estas bombas al explotar en medio del campamento de refugiados es inconfundible; se oyen cientos de detonaciones pequeñas a lo largo de un período de 10 ó 12 segundos que se parecen al ruido de disparos sostenidos de armas pequeñas. He visto los cadáveres calcinados y carbonizados de las víctimas de bombas de fósforo, endurecidos en la posición que tenían al momento de morir. He curado heridas en la piel que cubría huesos y músculos destrozados por los fragmentos de bombas de concusión.

He sido testigo de la presencia de 300 cadáveres en las zonas circundantes del campamento de Ain Al Helweh, mientras evacuaba el hospital del Gobierno; de 40 ó 50 cadáveres en la zona de atención de casos urgentes del hospital del Gobierno; de 20 cadáveres en el hospital, entre mis pacientes, incluido el de una mujer que fue muerta por los fragmentos de proyectiles que habían penetrado por la ventana como resultado de la caída de un proyectil en el jardín del hospital y que dejaron huérfano a un niño que había nacido cinco horas antes; y de dos cadáveres en el hospital de la Sociedad Palestina de la Media Luna Roja cuando regresé a él después de la evacuación del hospital del Gobierno. Más tarde vi 25 cadáveres más

en uno de los hospitales particulares grandes de la ciudad de Sidón (Hospital Ghassan Hamnoud). En estas cifras no incluyo a las otras víctimas de cuya existencia me enteré por los rumores que circulaban por toda la ciudad. Por lo tanto, personalmente fui testigo de la presencia de unos 400 muertos en sólo unas pocas manzanas del campamento y la ciudad, suma que equivale aproximadamente a tres cuartas partes del total de muertos reconocidos por las autoridades israelíes para toda la región del Líbano meridional.

He sido testigo de la detención de todos los hombres que integraban el equipo médico de la Sociedad Palestina de la Media Luna Roja en Sidón y Nabatieh de que se les impidió que siguiesen prestando servicios médicos y de que se los trató como presos ordinarios, sin ningún respeto por sus personas. La Sociedad Palestina de la Media Luna Roja, que en su momento fue una de las principales instituciones sanitarias del Líbano meridional, con tres hospitales, numerosos centros de atención de pacientes externos y un centro para niños retardados y de rehabilitación profesional, donde trabajaban el Sr. y la Sra. Moeller, ahora han desaparecido del lugar.

He sido testigo de la forma en que muchos hombres fueron detenidos con base en las denuncias de colaboracionistas encapuchados, sin que jamás se nos dijese quiénes nos acusaban ni de qué. Todos los hombres de Sidón que habían cruzado las líneas israelíes para alejarse de la zona de hostilidades fueron obligados a concentrarse en la playa y luego, uno por uno, tuvieron que pasar frente a tres jeeps estacionados allí. En cada jeep había un hombre con una capucha a través de la cual podía ver o con una manta que le cubría la cara; al lado de cada uno de ellos estaba sentado un soldado israelí. A medida que los hombres pasaban frente a los jeeps, algunos de ellos eran obligados a separarse del grupo, se les hacía una "X" o se les escribía algo en hebreo en la espalda y luego se los obligaba a colocarse contra una pared. De esta forma, se detuvo a 4.000 ó 5.000 hombres, entre ellos yo, dos colegas noruegos y todo el personal médico varón de la Sociedad Palestina de la Media Luna Roja de Sidón. Luego me enteré de que lo mismo había sucedido en Tiro y de que el personal de la Sociedad había corrido allí igual suerte.

Esta fue la experiencia más aterradora de todas. Uno puede aprender a tolerar los combates, pero cuando se está frente a alguien que se oculta tras una máscara es imposible defenderse. No se puede hacer frente al acusador y ni siquiera tratar de dar explicaciones. Uno no sabe de qué se lo acusa y está completamente a merced de una denuncia ciega.

Después de ser detenidos, los presos fueron conducidos a la escuela de un convento y reclusos en el patio. En todo momento había en el patio entre 500 y 600 presos y continuamente se sumaban nuevos grupos, mientras que a otros se los retiraba del lugar. Las condiciones de la detención eran difíciles: los presos estaban maniatados, el calor era agobiante y la comida y el agua escaseaban. Cada preso era llevado a una de tres aulas utilizadas para los interrogatorios. A mí se me interrogó cinco veces durante los cuatro días en que permanecí allí. En el curso de uno de los interrogatorios, pude oír cómo se daban golpes en la habitación vecina y vi al preso cuando salió; tenía la cara hinchada y los ojos negros y le goteaba sangre de la comisura de la boca. En el patio de la escuela, 40 guardias israelíes administraban golpes en forma salvaje e indiscriminada a los presos. Un

preso pidió agua y se le dijo que no había. Cuando repitió el pedido, se lo insultó y un guardia, tras abrirse paso a través de la multitud, comenzó a golpearlo. Los atentados físicos comprendían desde simples puñetazos y puntapiés hasta golpes con varas de madera, mangueras de plástico e incluso trozos de cuerda con tornillos y tuercas atados a los extremos, un tipo de moderno látigo de tortura. En un momento, un palestino, el Dr. Nabil, fue colgado de un árbol suspendido de las manos y golpeado. Un cirujano iraquí, el Dr. Mohammed Ibrahim, fue golpeado sin piedad por varios guardias y se lo dejó caído al sol, con la cara enterrada en la arena. También fueron golpeados otros cirujanos y médicos: el Dr. Ahmed Soubra, libanés, y los Drs. Saifeddin, Mohammad Iman y Shafiq El-Islam, de Bangladesh. A los dos noruegos y a mí no nos golpearon. Yo recibí sólo un golpe. Era evidente que se había dado orden de que no se nos molestara. Los árabes, africanos y asiáticos de piel más oscura (del Pakistán, de Bangladesh y de la India) fueron a quienes se golpeó en forma más encarnizada.

He sido testigo de cómo se dio muerte a golpes a cuatro presos. Un soldado israelí me indicó que examinara dos de los cadáveres. El Sr. Berge examinó otros dos cadáveres y vio cinco o seis más amontonados en una ambulancia. Es imposible saber si los dos cadáveres que yo examiné eran parte de los cinco o seis que después fueron cargados en la ambulancia y, por lo tanto, no puedo decir con exactitud a cuántos presos se les dio muerte a golpes durante esos cuatro días.

He sido testigo de que oficiales israelíes, e incluso el gobernador militar de Sidón, un coronel llamado Arnon Amozar, presenciaron esos ataques a golpes y no hicieron nada al respecto. También he sido testigo de que varios guardias israelíes trataron de impedir que se golpeará a los presos y de que en diversas ocasiones, se produjeron verdaderas discusiones entre los guardias, es decir entre los que golpeaban a los presos y los que procuraban que dejaran de hacerlo.

En una oportunidad, le dije a uno de los oficiales que me interrogaron que, si era absolutamente necesario que permaneciera detenido, se me permitiera quedar detenido en el hospital de la Sociedad Palestina de la Media Luna Roja para poder atender a mis pacientes. Se me denegó ese permiso. La Sra. Moeller, que permaneció en el hospital después de nuestra detención, ha declarado que uno de los pacientes murió y que otros tuvieron complicaciones graves porque no disponían de más atención médica. En la prisión de Megiddo las condiciones eran mucho mejores; teníamos agua y comida y ya no estábamos maniatados. Sin embargo, sólo una pequeña proporción de los presos estaban recluidos en la prisión: los dos noruegos y yo, un par de cientos de egipcios a quienes un oficial israelí obligaba a gritar "Viva Begin" y una persona con doble nacionalidad, libanesa y austríaca, que había pasado varios días en el campo cerca de la prisión, con varios miles de presos. En el campo, las condiciones eran parecidas a las existentes en el patio de la escuela de Sidón: los presos estaban atados y debían permanecer a la intemperie, con la comida y el agua racionadas mientras seguían siendo golpeados. Después de estar dos días allí, nos esposaron y vendaron los ojos y nos llevaron afuera, donde nos mantuvieron por 48 horas, período durante el cual fuimos interrogados en una de las varias chozas de madera que había alrededor de la cárcel.

Finalmente nos llevaron a Tel Aviv en la noche del 20 de junio, nos dejaron en libertad y nos entregaron a la oficina de enlace con los agregados militares extranjeros.